

ENSAYO



*...llegar con la mano a esa capa finísima, casi incolora
ya del aire, donde están las ideas inéditas.*

JUAN RAMÓN JIMÉNEZ

*MARÍA DORESTE CHIRINO, POETISA QUE
HIZO VERSOS EN EL SILENCIO DE
SU VIDA*

Todos hemos conocido en el rápido pasar de los años, seres perdidos en un laberinto de vaguedades difuminadas, de sueños almibarados que dejan transcurrir las horas y los días sin buscar el contenido misterioso que ellos encierran. Son seres soñadores, ilusos, de imaginación voluble y andariega y como los ojos de un divagador miran a todas partes, sin fijar la vista en ninguna. Levantan castillos en el aire para caerse al menor soplo de la realidad y se mueven por actos reflejos y circunstancias externas. Se resisten a perder su juventud deteniendo el reloj del tiempo y aún llegan a voltear las agujas en sentido contrario a su marcha normal, para que el paso de ella a la edad madura no se produzca. En una palabra, pasan por la vida sin dejar una huella, una obra, un carácter de su personalidad.

Otras, en cambio, sensibles a las emociones, de constitución lábil y temperamento nervioso, con cierto grado de timidez, se concentran en sí mismas, aislándose del mundo exterior. Son seres que huyen del mundanal ruido y purifican su alma sin haber experimentado la nueva sensación de vigor y las facultades expansivas que lleva consigo la vocación a la función para la que fueron creados. Son sutiles, delicados, atentos a perfeccionar cosas no materiales y hasta cierto punto espirituales que se pierden en la ignorancia, como los ríos en el mar. ¡Cuántos de ellos, por no haber sido comprendidos o porque antepusieron el sentimiento a la inteligencia y el impulso a la razón, pasaron por el camino de la existencia sin el elogio merecido y la alabanza hecha raudales!

Estas personas que viven su vida en silencio, sintiendo golpear muchas veces en sus entrañas el desengaño o

la desilusión, necesitan expresar sus sentimientos en ese lenguaje bello y abundante en imágenes que brotan del alma, como la gota de agua que al salir de la fuente va cantando monótonamente su canción.

Todos sabemos de ellas. Todos hemos oído hablar de estos seres que sin haber experimentado las emociones que despiertan el primer examen de competencia, la obtención de premios ganados en buena lid, el nacimiento del primer hijo o la publicación del primer libro, han sabido expresarlo con los más bellos pensamientos.

María Doreste Chirino, que ahora duerme el sueño inacabable, fue una de ellas. Revestida de esa elegancia espiritual, complejo de ternura y labilidad afectiva, fue siempre sensible a toda exaltación del pensar. Su suavidad de gesto, emotividad, vivacidad y delicada curiosidad por todos los inquietantes problemas del espíritu, dotaron a su personalidad de gusto refinado en el decir y de un tenue aroma de humorismo. Marchó por el sendero de la vida en perpetuo silencio, sin quejarse ni protestar de nada ni de nadie. Durante su existencia estilizó su ser en *versos en los que palpita una honda tristeza y un amor deshecho en plena juventud con el que había forjado su mejor ilusión*. Versos llenos de amarguras y sinsabores, que guardó en su alma a pesar de su femineidad y en los que nadie pudo abrir su hermetismo ni introducirse en la atmósfera de su yo, pues al sentirse herida de muerte y ante el temor de la crítica de los demás, destruyó entre sus manos gran número de poesías y con ellas se llevó su pasado. La capacidad para sentir el dolor fue siempre paralela con la finura de su alma.

Si pudiera expresarte el sentimiento
que me embarga tal vez, dilecto amigo,
no sintiera tan hondo como siento
lo que quiero decirte y no te digo.
Porque si te digo lo deshago
sentimiento que cabe en un escrito,
como mar en las márgenes de un lago
pequeño debe ser y no infinito.
Como este ansia, este afán, este insaciable
amor que me consume. ¡Vano intento

pretende explicar lo inexplicable,
si pudiera decirte lo que siento!

Toda su vida circunscrita al hogar junto a su madre y hermana enferma, no fue otra cosa que un monótono viajar por el mar de las soledades, donde la fuerza creadora del recuerdo y la pujante de la esperanza, fueron su pasado y su futuro. Presentimiento de lo que está por llegar, ansia de un bien perdido, remanso de una luz que la hirió en la vaguedad de un sueño, inquietud del que lucha por extender las alas para caminar por lo azul. Así fue María Doreste y así sólo encontró su consuelo íntimo en el libro que leía, o en la poesía que brotaba de su mente pleotórica de ilusiones nacidas en la entrevista amorosa a la luz de la luna en una noche estrellada, que no volvió a repetirse porque el destino la truncó de raíz.

Cuando pasados los años, rotas aquellas y deshechos los puros sentimientos de femineidad, se dedicó al cuidado de su hogar, silencioso, enmudecido y solitario, su mundo interior se llenó de memorias del pasado para poder mantener y sobrellevar su cuerpo con el aliento del espíritu, que era todo emoción, ternura y afectividad.

En las noches claras, pálidas, serenas
pienso con nostalgia en todo mi pasado
y siento en el alma una gran tristeza
de haber ya vivido mis días más gratos.
¡Con qué pena honda los voy repasando,
cual si fueran cuentas de largo rosario!
Se ausentan de mi vida con su luz radiante
los más bellos días de lejana infancia.
Juventud dorada, savia de la vida,
no fuiste muy pródiga a mi pobre ser,
gusté de tristezas y días amargos
en vez de alegrías en mi amanecer.

Y así pasaron muchas fechas sin que una voz amiga derramara sobre su fina espiritualidad, las más bellas frases de la comprensión y los más dulces motivos de la idealidad. Y sólo en sus últimos días, la contemplación de la belleza expresiva y la música de las palabras hicie-

ron penetrar en su alma la llama de la placidez, hasta entonces apagada, porque al sentirse morir supo mostrar su sonrisa de conformidad, cuando se dio cuenta de que el mañana, esperanza de la vida y al que tantas veces preguntó, le trajo al fin la felicidad.

Es muy triste, muy triste
no saber el mañana.
Felicidad, ¿algún día
pasarás por mi alma?
El vivir de recuerdos
tan sólo, ya me cansa.

JUAN BOSCH MILLARES